

la
novela **frivola**
Cinematografica



N.º
20

El seductor

por

Claire Windsor, Roy D'Arcy y Lawrence Gray

30
cts

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 20

1928

DOMESTIC MEDDLERS

El seductor

Historia de WELLYN TOTMAN,
dirigida por James Food e interpre-
tada por Claire Windsor, Lawrence
Gray y Roy D'Arcy

Exclusiva de

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis • BARCELONA

Postal obsequio: LEATRICE JOY

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

TIPOGRAFÍA BARCELONA-ARIBAU, 206.-TELÉF. 75087-BARCELONA

El seductor

ARGUMENTO DE LA PELICULA

El salón de ventas de "El Buen Tono" era uno de aquellos lugares donde los hombres deciden cómo han de vestir las mujeres... para mayor quebranto de las carteras "paganas".

Las hermosas modelos desfilaban ante los exigentes compradores, para quienes sólo tenía encanto un vestido en torno a unas piernas de selección.

Edmundo James era un cliente original que perseguía la adquisición simultánea del modelo... y de la modelo.

Una tarde se encontraba en "El Buen Tono", en una de aquellas diarias exhibiciones de trajes. Acercóse a una de las modelos y comenzó a cortejarla de modo escandaloso.

Cansada la joven de escuchar sus tonterías, exclamó irónicamente:

—Diga, amigo... ¿nunca le enviaron a usted a alguna parte... para que no volviese más?

—Y a usted, amiga... ¿nunca le han soltado cuatro frescas por descarada?—respondió ofendido.

El salón estaba concurridísimo. Pasó rápidamente por él, para volver a su despacho, Gerardo Hall, el jefe de contabilidad, un muchacho que sólo tuvo un amor en su vida... y acabó en matrimonio.

El director de venta de "El Buen Tono", Luis Graham, iba de un lado a otro del salón haciendo el elogio de los modelos.

Graham tenía a sí mismo por el tormento de todas las mujeres: solteras, casadas o viudas. Al fin y al cabo, no era más que un ridículo Don Juan, que se vanagloriaba de conquistas fantásticas que no había logrado realizar.

Acercóse a James, que seguía contemplando airado a la modelo que le envió con viento fresco.

—¿Qué? — le dijo —. ¿No le gusta a usted este modelo elegantísimo?

—¡No quiero tanta elegancia!

—Mire... mire ese otro...

Y le señaló a otra muchacha que avanzaba por el salón y que vestía un traje encantador.

—Le presento nuestra última creación — le dijo.

—¿Qué número tiene?

—¿La creación... o la maniquí?

—Las dos.

—El número de una puedo yo dárselo; el de la otra tendrá que obtenerlo usted personalmente.

James sonrió y avanzó hacia la modelo... Graham le murmuró a media voz:

—No olvide esto: el tal número le va a costar a usted un sentido.

—La cartera es para las ocasiones.

Y James habló con la modelo, tan bella como casquivana, y la conquista fué tan rápida que quedaron en ir a cenar juntos.

Aquella noche, al cerrarse la tienda, Graham dijo a su compañero Gerardo, al que parecía profesar verdadero aprecio:

—Es usted incansable... Deje el trabajo y le llevaré en mi coche hasta su casa.

—¡Muchas gracias, amigo!

Y cerrando los libros de cuentas, se encaminó con su amigo hacia el coche que éste tenía ante la tienda.

Diez minutos después llegaban ante la casa de Gerardo Hall.

Leonor Hall esperaba a diario en la terraza el regreso de su marido al hogar.

Saltó Gerardo del automóvil, agradeciendo a su amigo su amabilidad.

Graham sonrió y luego descubriéndose respetuosamente al divisar en la terraza a la esposa de su compañero.

Le clavó una mirada ardiente, de observación, y al propio tiempo de admiración por su belleza rubia, de adorables seducciones.

Gerardo creyó del caso corresponder con alguna gentileza a la bondad de su amigo por haberle acompañado en coche, y le dijo:

—Hombre, Graham, hágame el obsequio de comer con nosotros.

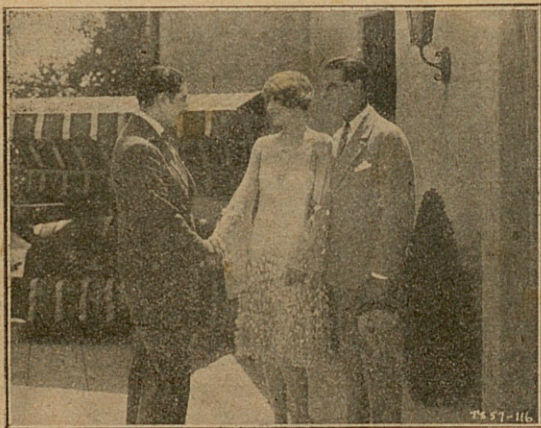
—Pero, Gerardo...

—No, no se excuse. Hoy le retengo prisionero.

—Prisionero en jaula de oro.

Ya no se hizo repetir la invitación. Donde había una mujer, él iba a oler sus pasos como un buen sabueso.

Los dos amigos entraron en la casa. Ya en la terraza, Leonor avanzó hacia ellos, y después de besar gentilmente a Gerardo, saludó al com-



... saludó al compañero de su marido.

pañero de su marido.

No le conocía, pero le fué simpático aquel hombre de maneras distinguidas en la vida de sociedad.

Graham observó atentamente a Leonor. ¡Qué mujer! Tenía un encanto irresistible, una silueta divina, una llama ardorosa en la mirada. Pe-

ro, hombre prudente, mantuvo su admiración por el momento a los límites de la cortesía.

Gerardo explicó a su esposa que Graham se quedaba a comer con ellos, y la joven disimuló un gesto de contrariedad.

—Siento esa molestia que les causo — dijo Graham.

—Nada de molestias. Sencillamente encantada de tenerle en nuestra compañía.

Era un amigo de Gerardo, y esto bastaba para que ella lo recibiera con el mayor afecto. Leonor amaba a su marido con toda su alma y nunca le censuraría el menor acto.

Se dirigieron al comedor. Aprovechando un momento en que Graham se separó de ellos, la esposa dijo a Gerardo:

—¿Cuántas veces te he dicho que no me traigas invitados en nuestra compañía?

—Graham es un chico de gran llaneza, Leonor... Una comida familiar, sin cumplidos.

Volvieron a reunirse con Graham. Este, con una admirable corrección, elogió el piso que habitaban.

—Esto demuestra qué delicioso paraje puede una mujer hacer de cuatro paredes.

—Bueno... ¿y qué vino le gusta a usted, Graham? — dijo Gerardo yendo a un armario donde guardaba algunas botellas de marca.

—El que tengan ustedes.

Y mientras el marido preparaba unas copas, Graham, seguido de Leonor, examinó un jarrón que estaba sobre una mesa.

—¡Qué valiosa porcelana!

—Me complace su elogio. Es un bonito ejemplar de Ming.

—Legítimo. Lo he conocido a primera vista.

—Es usted hombre de gusto.

—Yo soy algo coleccionista... pero no tengo una pieza tan excelente como ésta — dijo sonriente y mirando con vaguedad a Leonor.

—¡Apuesto que tampoco tiene usted nada tan excelente como esto! — le interrumpió Gerardo, yendo a su encuentro con unas copas de vino.

—¡Evidente que no! — contestó Graham saboreando el dulce néctar.

—Cinco años y sin cristianizar. No pasó por cubas de taberneros bautistas.

Elogiaron el vino, y como Gerardo apurase una copa, su esposa le advirtió cariñosamente:

—Prudencia, Gerardo. Ya sabes el efecto que eso te hace.

—Si... si... apenas lo probaré...

—Sin embargo, una copita no puede hacer daño a nadie — intervino Graham.

—No puede usted imaginarlo. A las dos copas hay que llevarlo a la cama, incapaz de sostenerse — explicó la esposa.

—Es gracioso.

Luego se comió, transcurriendo la hora de una manera exquisita, con una conversación de buen tono, correctísima, mostrándose Graham el mejor camarada del mundo.

De vez en cuando daba rápidas miradas a Leonor. ¡Qué suerte tenía su amigo! Una criatura como aquélla hubiera bastado a Graham para completar su fama de tenorio.

Terminada la comida, modesta, pero muy bien servida, Leonor se dirigió al gramofón para poner algunos discos y amenizar un poco la velada.

Al ir a hacerlo, se le cayó al suelo la cartera,

en que guardaba las placas, desparramándose éstas. Graham corrió a auxiliarla para recogerlas.

El amigo fué leyendo los títulos de los discos y presentándolos al propio tiempo a Leonor.

—¡Qué nombres tan bonitos! — exclamó —. “Tengo miedo de ti”, “¿Cuándo dirás que me amas?”, “Mundos de amor”... ¿Qué pieza ponemos en el gramofón, señora?

Sin advertir la fina malicia con que pronunciaba aquellas frases, ella respondió:

—La que usted quiera... ¿Le gusta a usted esta de “Mundos de amor”?

—Me encanta...

—Pues la voy a poner.

Y sonó la música y hubo un poco de baile, y la velada no se dió por finida hasta cerca de media noche.

Gerardo estaba contento de haber pasado aquellas horas deliciosas, porque no hay nada tan agradable como la verdadera camaradería. Graham se despidió de ellos y les dijo:

—¿Por qué no van ustedes a comer a mi casa mañana por la noche?

—¡Oh, muchas gracias!...

—Tengo un par de botellas de champaña exquisito. Aprovecharemos la fiesta dominical. Les espero a las nueve.

—Entonces no faltaremos.

Y cuando Graham salió, los esposos comentaron la simpatía que irradiaba aquel muchacho.

—¿No te dije que era un gran camarada?— explicó Gerardo.

—Sí, parece un buen muchacho.

—Y lo es. Tal vez un poco jactancioso, pero en el fondo un excelente muchacho.

Y mientras ellos hablaban sobre la favorable impresión que les había causado el jefe de ventas de "El Buen Tono", éste regresaba lentamente a su casa, repitiendo sus labios con una monótona insistencia:

—¡Qué mujer! ¡Qué mujer!

* * *

Al día siguiente era domingo. Los esposos Hall se levantaron tarde, aprovechando el descanso dominical.

Gerardo fué el primero que se levantó de la cama.

Entró una doncella trayendo un precioso ramo de flores.

Leonor admiró el obsequio aspirándolo con delicada fruición.

—¡Qué preciosas flores, Gerardo!... ¡Eres el marido más galante del mundo! — dijo abrazándole.

—Pero... oye... Leonor... te aseguro que yo no te las he mandado...

—Pues... ¿de quién van a ser? A ver, veamos...

Descubrieron en el ramo una fina tarjeta con estas líneas:

Un recordatorio de que han de venir ustedes a cenar esta noche conmigo.

Luis Graham.

Sonrieron los dos ante lo inesperado de aquel regalo, y Leonor exclamó con cierta indiferencia:

—¡Qué amable!

—Se ve que este chico es entendido en floricultura — dijo Gerardo, riendo.

—Te convenía tomar algunas lecciones de él.

—Todo un claustro necesitaba yo para aprender lo que ése sabe...

—Es extraño — dijo ella, volviendo a mirar las flores—. ¿Quién le ha dicho a él que son las rosas mis flores favoritas?

—No hay que ser adivino. De cada diez mujeres, a nueve les gustan las rosas.

Leonor se levantó. Y después de permanecer todo aquel día en casa, al anochecer se dirigieron al elegante piso de soltero que Luis Graham tenía en una de las más elegantes avenidas de la ciudad.

Leonor iba monísima, con traje de seda blanco. Se había puesto sobre el seno un ramito de las preciosas rosas enviadas. Era una muestra de corrección y buen gusto.

Graham les hizo los honores a lo gran señor... La comida fué espléndida. Dos criados japoneses se encargaron de servirles a la mesa...

Graham, aunque devorado por fervientes deseos, los ocultaba sonriente a Leonor ingenuamente... Parecía el mejor amigo del mundo, el hombre al que se podía confiar hasta el honor.

Y plato tras plato, copa tras copa, la cena se acababa... y Gerardo también.

Graham había insistido para que Gerardo bebiese unas copas de champaña, y el joven, a pesar de los ruegos de su esposa, las tomó, diciendo que no iban a hacerle daño. El resultado fué que al finalizar la cena, aquel buen muchacho ya no se podía tener en pie.

—¿Lo ve usted? — dijo Leonor, un poco disgustada —. Apenas ha bebido un poco, ya no puede tenerse.

—Están ustedes en su casa. Déjele divertirse a gusto — dijo Graham.

Aun apuró Gerardo unos sorbos más de vino. Luego se levantó... Sus piernas temblaban... Su cabeza parecía dar vueltas.

—Es preferible que te echas a que te caigas, Gerardo — le aconsejó ella.

—Pero si no tengo nada...

—Anda, Gerardo — dijo Graham —. Le acompañaremos a aquel diván. Podrá usted reposar un rato.

Se dejó conducir sin hacer resistencia, y entre Leonor y Graham lo colocaron cómodamente en el sofá.

—Así, querido — le dijo ella —. Un ratito de sueño y te pondrás bien.

—Sí... sí... — respondió Gerardo con los ojos medio cerrados, pues el vino le producía siempre durante un rato un sopor, una laxitud invencibles.

—A mí me agradaría que el alcohol me produjese esos efectos narcóticos — dijo Graham sonriente.

—Es que mi marido es un chico débil... En seguida el vino se le sube a la cabeza.

Se dirigieron al saloncito contiguo... El la miraba, la miraba, con sus ojos audaces, de sensual... Ella, ajena a aquel examen libidinoso, se entretuvo en contemplar un magnífico jarrón.

—¡Qué bonito! — dijo.

Graham cogió distraídamente un látigo que tenía colgado en la pared, y exclamó:

—Es un jarrón muy corriente en la cerámica china. Lo compré en Changai.

—Pues es una preciosidad.

—¿Le gusta a usted?

—Mucho.

—Pues ya es suyo.

—¡Oh, no... no!...

—Gerardo — gritó Graham —, su mujer se niega a aceptarme un vaso; se lo daré a usted. Entre el sopor profundo del sueño, Gerardo contestó distraídamente:

—No quiero más vasos... Ya he bebido bastante.

Y poco después dormía profundamente.

Leonor insistió en su negativa de aceptar el regalo, pero tuvo que acabar accediendo.

El fué mostrándole las diferentes curiosidades que había en el salón, recuerdos de viajes exóticos.

Miró el látigo que llevaba en la mano y dijo:

—Es un látigo para toros; lo adquirí en el Africa del Sur.

—¿Ha viajado usted mucho?

—He recorrido todo el mundo.

Se asomaron a la terraza bañada de luna. Se oían cercanos unos acordes de violín.

—¡Qué música tan preciosa! — exclamó ella, arrobada.

—Todas las noches nos regala sus melodías. Procede de aquel jardín-terrazza, abierto al público.

Vieron la indicada terraza, iluminada por farolillos a la veneciana y donde bailaban muchas parejas.

—¿Quiere usted que vayamos allá a dar unas vueltas?

—No estaría mal — dijo ella sonriente —, Gerardo dormirá alrededor de una hora.

—Pues salgamos de puntillas.

Riendo, abandonaron el piso... No tuvieron más que atravesar la calle y se encontraron en aquel café, donde seguían sonando músicas cautivadoras.

Para Leonor, aquella salida, aquella escapatoria a la terraza no tenía la menor importancia. Era una suave travesura sin consecuencias, más bien un deseo de curiosidad, de bailar un poco con un amigo tan bueno como Graham.

Bailaron un "fox" en la terraza llena de pa-rejas...

—Mis dos pasiones son las flores y la música — exclamó ella dulcemente —. ¿Hay nada más bello?

—Acaso...

El resto de la danza lo bailaron en silencio, y al finalizar, Graham dijo:

—Esperemos a otro baile.

—¿No se nos hará tarde?

—No... no. Apenas ha pasado un cuarto de hora.

Se sentaron a una mesa para pasar el intervalo.

En otra mesa cercana estaba Edmundo James, el cliente de la casa de modas, en compañía de una modelo de "El Buen Tono".

—¿Quién será aquella rubia que está con Luis Graham? — dijo la modelo.

—Espera un momento... Voy a ver.

James avanzó hacia la mesa de su amigo y

vió a una rubia desconocida para él. ¿De dónde había sacado Graham aquella conquista? Pero hombre atrevido se adelantó a saludarle.

Graham y Leonor se miraron contrariados... Comprendiendo el compromiso en que se hallaba Leonor, Graham levantóse y llevóse del brazo a James hacia un rincón de la sala.

—¿Por qué usted y su amiguita no vienen a nuestra mesa? — dijo James.

—¡No, no puede ser! — repuso Graham nervioso.

—¿Por qué no?

Dándose importancia, simulando una gran aventura que no existía en realidad, pues la escapatoria no podía ser más inocente, Graham contestó:

—Mujer casada... asunto de gran compromiso... ¿Me comprende?

—Bien... bien... no quiero estropearle la conquista... ¡Que consiga usted cuanto se proponga!

Volvió a sonar la música. Graham despidióse de James y bailó con Leonor un vals... Finalizado este baile, la pareja salió del local, mientras la modelo y James comentaban la buena suerte de aquel conquistador irresistible.

Regresaron a casa. Al abrir la puerta, enganchósele a Leonor, en el cerrojo, uno de los flecos de su mantón.

Se inclinó para separarlo, y al hacerlo, dejó más en descubierto el magnífico escote de su seno y de su espalda... Graham no pudo contenerse. Había estado mostrándose respetuoso toda la noche, aunque consumido por una llama pecaminosa; pero en aquel momento, hirió su

olfato una ola de esencia viva, y sin vacilar puso un beso en el cuello de la dama.

Esta volvióse rápidamente, pronta a repeler la ofensa, y con los ojos llameantes de indignación y de sorpresa.

—Pero, Graham... — dijo a punto de llorar.

Rehaciéndose inmediatamente, comprendiendo que debía retroceder en su audacia, respondió, amargado:

—Perdóneme... No vea agravio en mi acción... Es usted tan bella, que no fui dueño de mí mismo.

—Le perdonaré de buen grado... si no intenta usted reincidir en su vida.

—¡Así lo haré, señora!

En aquel instante, desperezóse Gerardo de su embriaguez... Leonor corrió hacia él y dijo, sonriente, olvidando el disgusto que le había proporcionado la actitud de Graham:

—¿Cómo está el borrachín de mi marido?

—¡Oh!... bien... completamente despejado... No quiero volver a beber más. Y perdone lo que me ha ocurrido, Graham.

—No tiene importancia... Está usted como en familia.

Conversaron aún media horita, y Leonor no quiso decir a Gerardo que habían ido a la terraza.

No tenía aquello la menor importancia, pero reconocía la joven que tal vez a su marido le hubiese causado mal efecto. Y guardó silencio.

Y, naturalmente, tampoco formuló la menor insinuación sobre el atrevimiento de Graham. Le perdonaba... Tal vez había sido un momento de impulso irrefrenable, que no se repetiría ja-

más... Ella amaba a Gerardo sobre todas las cosas del mundo y le guardaría una fidelidad eterna...

Y a media noche volvieron los esposos a su casa.

* * *

Al otro día, James y Graham y varios amigos se encontraron en el mismo restaurante a la hora de comer, y el primero preguntó, socarrón, al director de ventas:

—Dígame, ruina de los hogares... ¿por qué tanto misterio con la rubia de anoche?

Graham sonrió, como el hombre importante que es poseedor de secretos y de victorias legítimas.

—Lo menos que puede hacer un galanteador afortunado es... no divulgar los casos graves— contestó.

—Que son precisamente los que a mí me interesan... ¡Vamos, hable usted!

—¡Si no es nada! Hay en mi historia tantos triunfos más difíciles...

—¡Cuenta... cuenta! — exclamaron varios otros comensales.

Ufano por sus conquistas más o menos reales de Don Juan, el desaprensivo Graham cambió la historia a su modo.

—Pues la dama y el marido cenaron en mi casa... embriagóse él hasta perder la noción de sí mismo... y entonces...

—¿Y entonces, qué? Termine, que estoy intriguadísimo — dijo James.

—¡Nunca! Los hombres de honor no hablamos de lo que nos hace posible el apasionamiento.

to de las bellas... aunque tampoco frenamos el vuelo de la imaginación de los oyentes.

—Bien... bien... hombre afortunado, terrible castigador... Pero a ese retrato le falta el rostro... ¿Quién era ella?

—¡Basta, amigo mío! — dijo levantándose y sorbiendo las últimas gotas del café —. Usted sabe que yo no me ensaño con mis víctimas.

Y marchó, después de haber esparcido con sus frases ambiguas, la historia de una conquista falsa.

James creyó a pie juntillas cuanto le había dicho el tenorio vencedor.

Después de comer se dirigió a la tienda de "El Buen Tono", donde pensaba hacer acopio de nuevos modelos. Al entrar tropezó con Gerardo Hall, que también llegaba al despacho.

—¡Hola, chico! Mire... acabo de comer con uno de sus compañeros... y estoy aterrado... ¡Vaya con ese jefe de ventas de ustedes!

—¿Qué ocurre?

—Que hace cada conquista que deja en pañales al mismo sevillano Tenorio.

—¡Bah! — dijo Gerardo riendo —. Graham es un chico fantástico, muy exagerado, pero en el fondo un alma de Dios.

—¿Qué dirá usted que me contaba a la hora de comer?

—¿Qué sé yo?...

—Cuando lo pienso, no sé si reír o indignarme...

—Alguna aventura...

—Pues que anoche tuvo a cenar en su casa a una linda muñeca con su marido... Tomó el

marido dos copas de más y quedó hecho un tronco...

El rostro de Gerardo se transfiguró... Cerró los puños... Una honda lividez le invadió de repente... Quiso sonreír para ocultar su emoción, y su sonrisa convirtiéndose en mueca indescifrable.

Sin reparar en la impresión que causaba en su amigo, James prosiguió:

—... y mientras el infeliz dormía... ¡imagínese usted!... Yo vi a Graham con una rubia en el jardín-terrazza... Si ese marido no es un invento, quisiera conocerlo para decírselo... Hay cosas indignantes, ¿verdad?

Los dos entraron en la tienda. Gerardo iba arrastrando los pies como un autómatas, como un muñeco... James se despidió de él, distraído, yendo al salón de las exhibiciones de modelos. Y el pobre empleado entró en su despacho y se dejó caer en un sillón, rompiendo a sollozar amargamente ante la imprevista y cruel realidad que se ponía ante sus ojos.

¡Su mujer... su amigo! ¡Qué infames!... Ella, la criatura pura, la esposa adorable, inmaculada, en quien creía con una fe ciega, traicionándole del modo más vil y canallaesco! ¡Y él, el criminal, el rufián, el enemigo!...

Trabajó maquinalmente, sin saber lo que hacía, consumido por aquella trágica noticia que hundía en un momento su felicidad... Pero, no, no, sin duda estaba soñando... Era imposible... Leonor era honrada.

Envuelto en un mar de dudas y vacilaciones, marchó de la oficina, alegando que no se encontraba bien... No quiso pasar por el despacho del

jefe de ventas... Tal vez le hubiera matado allí mismo.

Regresó a su casa. Su esposa había salido de compras... El desgraciado buscó por toda la casa algún indicio, una carta, algo comprometedor en que fundamentar el adulterio. Nada halló.

De repente entró Leonor con su adorable sonrisa de buena mujer, que está contenta con el mundo que la rodea.

—¿Qué te ha hecho volver tan pronto, Gerardo?

—No me encuentro bien — respondió sombríamente.

—¡Pobre! Deja que me quite todo esto y te haré algo.

La esposa se dirigió a su tocador y se quitó el traje de calle. En él llevaba aún las rosas, regaladas por Graham. Las puso dentro de un jarrito en agua.

Gerardo la observaba con atención extraña, de maniático. ¡Ah, aquellas flores! ¿Era verdad que le habían engañado criminalmente?... Pero sus ojos se encontraron de repente con los hermosos y puros ojos de ella, y vaciló...

¡Imposible, imposible que aquella criatura con la que llevaba cinco años de casado, sin haberle ocasionado jamás la menor ofensa, fuera una pecadora!

Rechazó la taza de manzanilla que su esposa le preparara y permaneció varias horas ensimismado, sombrío, con una honda y terrible preocupación.

—Pero, ¿qué te pasa?—le dijo ella amablemente.

—Nada, que no me encuentro bien.

No quiso cenar. Cuando llegó la hora de acostarse, ella, bien alejada de lo que en realidad podía suceder a su esposo, se metió en cama, y dijo a éste:

—¿Por qué no vienes a acostarte? No hay medicina como el descanso.

—Después lo haré. Estoy mejor sentado.

—Como tú quieras...

Y la buena mujer, al poco rato dormía profundamente... El se levantó y estuvo contemplando a aquella criatura que tal vez había sido de otro... ¡Infame!

Pero, aquel dulce sueño, sin una leve agitación... ¿no hablaba de una conciencia tranquila? ¡Qué duda tan terrible mordía su corazón! Sin embargo, aquellas palabras de James... Y Gerardo, ante la duda siniestra, crispaba sus manos en un ansia homicida.

¡Infame... adúltera!... Sus manos engarfiadas se acercaron a la garganta de Leonor, y fueron a apretar, a apretar...

En aquel instante, despertó la mujer lanzando un grito de espanto ante la actitud de Gerardo.

Este dió un paso atrás... Volvió a dudar. Se arrepintió de lo hecho.

—Pero, ¿por qué sufres, Gerardo mío?—exclamó ella abrazándole con tanto amor, que otra vez el marido se sintió desarmado—. ¿Por qué tienes secretos para mí? Habla. ¿No sabes que yo sólo vivo por complacerte? ¿Qué te pasa?

El vaciló... Seguía dudando... dudando... ¿qué hacer... qué hacer? ¿Iba a decir a su esposa la verdad? ¡No, no!... Callaría... disimularía... y procuraría enterarse de la realidad o del infun-

dio de sus sospechas. Y respondió con temblorosa voz:

—No es nada, Leonor... Perdona... Me siento muy nervioso... y estoy desvelado sin saber por qué... Tú duermes y no te inquietes por mí.

Ella le observaba entristecida, melancólica, pero nada dijo respetando su silencio... Y Gerardo pasó la noche en el sillón junto a la ventana, hasta el alba.

* * *

A la otra mañana, el marido estaba más sereno y firme. Nada de escenas trágicas. Era preciso saber, saber con disimulo y cautela, la verdad. No podía creer que Leonor le hubiese engañado... pero a veces las mujeres tienen horas tan tontas... Saldría de dudas, fuese como fuese.

Aquella mañana no fué Graham a la oficina por tener que realizar varias diligencias fuera de la ciudad. Pero regresó por la tarde y al pasar ante el despacho de Gerardo vió a éste sombrío y mesándose los cabellos.

—¿Qué le ocurre, Gerardo?—le dijo, cariñosamente, dándole unas palmadas en el hombro. Sintió él como el contacto de una brasa ardiente y respondió:

—Nada... ¿por qué?

—Le veo con rostro demacrado... Usted trabaja con exceso... Sin un poco de expansión acabaría por quebrantarse su salud.

—Me encuentro bien.

—A propósito, amigo mío—dijo, sencillamente—. ¿Por qué no van usted y Leonor a cenar conmigo?

Sintió Gerardo de nuevo que latía con vigorosa fuerza su corazón.

—¿Cuándo? — respondió con voz casi agonizante.

—Esta noche. Así se animará usted.

—¡Sí... sí!

—Abriremos una botella de un Borgoña de vejez respetable. Tiene ya la edad del voto.

—Bien... acepto.

—Pues hasta la noche.

Y cuando Graham marchó, Gerardo pegó un puñetazo en la mesa y murmuró:

—Voy a saberlo todo... todo... ¡y ay de vosotros si es verdad!

Telefonó a su mujer.

—Graham nos invita a cenar en su casa esta noche. ¿Te gusta el plan?

—Me deleita—dijo ella, ingenuamente, pues ya no creía al amigo capaz de reincidir en sus atrevimientos.

—Bien, iré por ti a las siete.

Una nueva amargura llenó su alma... "La deleita"... ¡Qué horrible pena la suya!

Y a las siete en punto se presentó en su casa... Leonor iba elegantísima, llevando en el pecho un ramo de rosas... ¡Aquellas rosas!, pensó el marido...

—¿Qué te parece mi nuevo vestido?—dijo ella.

¡El nuevo vestido! Era precioso, y lo estreñaba precisamente aquel día para ir a ver al... ¡Ah, tuvo que morderse los labios!

—Estás muy bien—le dijo con frialdad—. Bajo en seguida. Yo estoy listo en dos minutos. No pienso vestirme.

—¿Pero vas a ir en traje de calle?

—¡No temas, Leonor! Demasiada molestia cambiarme ahora... Y Luis es de confianza.

Dirigióse a su cuarto, se peinó, arregló un poco su corbata... Luego guardóse una pistola en el bolsillo...

—Cuando quieras, Leonor—dijo presentándose otra vez ante su esposa.

Y los dos partieron hacia la casa de Graham.

* * *

Gerardo esperaba aclarar el enigma, comprobar su desventura...

La cena transcurrió, al parecer, agradablemente... El marido simulaba beber copa tras copa, pero tenía la precaución de echar su contenido sobre la alfombra.

Después de comer, Gerardo pareció estar tan borracho como la otra vez. Sino que ahora conservaba la más absoluta serenidad para poder ver por sus propios ojos lo que iba a ocurrir.

Graham sonreía alegremente... ¡Qué hombre aquel! ¡Siempre bebido! Y miraba a Leonor, sintiendo por ella, cada vez más violentos deseos, acuciados por el fracaso de la primera intentona.

Leonor sonrió al ver a su marido en el estado de laxitud en que le dejaba el alcohol, y como le pareciese que Gerardo se caía de sueño, le dijo, acompañándole hacia el diván:

—Anda, querido, échate un poquito... Duerme un rato y te pondrás bien...

—Sí, me pondré bien... No os preocupéis de mí... Esto pasa en seguida—contestó el marido dejándose caer en el diván y cerrando profundamente los ojos.

Simuló que dormía, pero su inteligencia estaba

más lúcida y despierta que nunca, y aun de vez en cuando sus ojos se abrían para contemplar a la pareja. Tenía, además, la mano en el bolsillo de la americana empuñando la pistola.

Si era verdad... les mataba allí mismo.

Leonor y Graham se alejaron hacia otro ángulo de la estancia.

—Lamento que Gerardo nos haya estropeado la noche con sus constantes libaciones —dijo ella.

—No se preocupe, amiga mía. Y, dígame, ¿cuánto tiempo cree usted que dormirá?

—Una hora o cosa así. Vaya usted a saber... ¿Qué importa minuto más o minuto menos?

—Lo decía porque deseo tener tiempo para expresar a usted una cosa.

Ella frunció el ceño. ¿Es que volvía a insistir?

—¿Sabe usted que cada vez que la veo la hallo más adorable?—continuó Graham.

—No me diga eso.

—Debería haber leyes que nos protegieran contra las mujeres tan seductoras como usted.

Ella hizo un movimiento de nerviosidad. No quería oírle hablar de aquel modo. Se encaminó hacia la ventana, y Graham la siguió.

Desde el diván, el marido escuchaba con una atención y una angustia profundas.

—¿Quiere usted que vayamos a bailar como la otra noche?—dijo Graham.

—No, es mejor que nos quedemos... Gerardo puede despegarse.

—Entonces bailaremos aquí.

Y cogiendo delicadamente por el talle a Leonor, dió con ella unas vueltas.

Salieron danzando hacia otra habitación cercana... Unos grandes cortinajes se cerraron detrás de ellos.

El marido se levantó y corrió hacia las cortinas... Vió de pronto que se apagaba la luz de aquella estancia vecina y se oía un susurrar de voces...

Tuvo la certeza cruel de lo irremediable... Empuñó el revólver... ¡Ah, los infames! Pero en aquel momento volvió a oír pasos y voces atropelladas, y corrió a ocultarse detrás de un mueble.

Leonor entró en el cuarto dando muestras de profunda agitación y seguida de Graham que se excusaba humildemente. Este miserable, que antes apagara la luz, había querido besar y abrazar por la fuerza a la esposa de su amigo. Pero Leonor habiendo podido librarse de sus brazos insaciables, regresaba al cuarto donde estaba su marido.

—¿Cómo ha podido usted intentar esa villanía?—rugió.

—Es que yo...

—¿Y usted se llama amigo de Gerardo?... Debía usted sonrojarse de su deslealtad.

Desde su escondite, Gerardo escuchaba a su esposa, y aquellas palabras límpidas de ella, le producían una emoción hondísima, tan violenta que le causaba una crisis de lágrimas... Entonces... ¡ella era inocente... inocente!

—Usted me ha enloquecido — insistió Graham—. ¡Mi amor es más fuerte que todos los respetos humanos!

—¡Su vanidad estúpida, no su amor! Usted ha

creído que podría rendir a la mujer de Gerardo, fuese como fuese...

—Debe usted comprender...

—No quiero ver ni oír a usted más. ¿Qué se ha creído? Es usted un mal caballero.

Gerardo, a quien aquellas palabras quitaban un hondo peso de encima, pues estaba seguro de la inocencia de su esposa, avanzó hacia ellos, con el revólver en la mano.

Le miraron, asombrados, al verle despierto y firme.

—¿De modo que usted es el famoso Don Juan... el implacable verdugo de corazones?...—dijo Gerardo, riendo

—Gerardo, yo...

Ella lloraba en un rincón. Y Graham, asustado, contemplaba el arma que llevaba el ofendido.

—¡Usted, el hombre irresistible por el que todas caen rendidas de amor!... ¡Bien! ¡Aquí ha encontrado usted una mujercita que supo no caer!

Gerardo guardó el revólver y avanzando hacia el mal amigo, le gritó:

—Por una cosa tan ruin como usted, no quiero ensuciar mis manos matándole... ¡Mal hombre... calumniador!... Basta que una mujer trate a usted cortésmente, para que usted blasone de una conquista... Pero conmigo se ha ganado usted algo de que no va a jactarse en público.

—Gerardo... perdóne... yo no he querido hacer...

—Su conducta no tiene explicación... Ahora verá lo que yo hago con usted.

Cogió el látigo que estaba en la pared y dijo:

—Voy a hacer tantos jirones de su piel como usted ha hecho de las reputaciones femeninas.

Y comenzó a pegar, a descargar furiosos golpes sobre aquel miserable hasta hacerle caer en tierra casi sin sentido.

Leonor, al fin alma de mujer, le rogó no le hiciera más daño. Bastante castigado estaba.

Gerardo tiró el látigo sobre la cabeza del averiado tenorio y dijo:

—A ver ahora si cuenta usted esta historia entre sus compañeros de restaurante.

Y abrazando contra su corazón a Leonor le rogó le perdonase por haber dudado de ella... Y ella le otorgó el perdón con toda su alma y le explicó detalladamente la causa de que hubiese ido a la terraza vecina a bailar,

Y salieron los dos, después de lanzar una última y despectiva mirada al miserable Graham que se quejaba amargamente.

Graham tuvo que guardar cama varios días. Y cuando regresó a su despacho no contó a nadie el grotesco epílogo de su aventura donjuanesca.

F I N

Por causas ajenas a nuestra voluntad, en este número sólo aparece un clisé en vez de los cinco de costumbre.

Sírvase el lector disculparnos.

El viernes, día 3 de Enero, aparecerá la nueva publicación semanal, de asuntos modernos

La Novela
EVA
con
La rubia
del taxímetro

Novela inédita, original del conocido escritor

DOMINGO DE FUENMAYOR

Portada a color

Ilustraciones en el texto

PRECIO: 30 céntimos

En breve, la magnífica novela en veinte cuadernos

**De vendedora de periódicos
a estrella de cine**

Inmejorable presentación

Portada a colores

Ilustraciones en el texto,
ameno y nutrido

**1 cuaderno semanal
los jueves**

Precio: 25 céntimos

Se admiten suscripciones

¡La mejor novela del año!

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica
¡Lo mejor del cine!**

Últimos éxitos:

**El Conde de Montecristo
La mujer ligera
Vírgenes modernas
El pagano de Tahití**

El martes día 31:

¡ACONTECIMIENTO!

Estrellas dichosas

por
JANET GAYNOR y CHARLES FARRELL

Precio: 1 peseta

Las mejores novelas de cine:



La Novela Semanal Cinematográfica

La Novela Americana Cinematográfica

Los Grandes Films de La Novela Semanal
Cinematográfica

La Novela Frívola Cinematográfica

y las selectas

**Ediciones Especiales de La Novela
Semanal Cinematográfica**

¡Siempre los mejores asuntos!

EB